



Los Soprano y el psicoanálisis

Oriol Estrada Rangil

Para muchos es la pionera de la llamada «tercera edad de oro» de la televisión (la primera la encabezó The Twilight Zone en los años 1960; la segunda, Canción Triste de Hill Street o St. Elsewhere, entre otras, en la década de 1980). Los conflictos internos del líder de una banda mafiosa en Nueva Jersey inauguraron en 1999 una nueva etapa en la ficción televisiva, que catapultó a la cadena por cable HBO a los estándares más altos de calidad. Sus seis temporadas, que culminaron en 2007 con cinco Globos de Oro y 21 premios Emmy, sirvieron también para otorgar un merecido reconocimiento a los más de 30 años de carrera de su creador, David Chase.

Tony Soprano está nervioso, no sabe dónde sentarse cuando entra en la consulta. «Yo no debería estar aquí», lo lleva escrito en la frente. Todo empezó durante una barbacoa familiar, al caer desmayado ante sus dos familias (la de sangre y la otra). El diagnóstico: ataque de pánico. Su médico y vecino le recomendó que visitara a una psiquiatra, la Dra. Melfi, que también se dedica al psicoanálisis.

A pesar de que en los ataques de pánico los desmayos son algo de lo más extraño, tenemos que conceder a los creadores de Los Soprano que esta es probablemente una de las series de televisión que mejor ha retratado el psicoanálisis moderno. Prueba de ello es el reconocimiento de la Asociación Psicoanalítica de América, que premió a Lorraine Bracco, la actriz que encarna a la terapeuta de Tony, por haber interpretado al psicoanalista más creíble jamás aparecido en cine o televisión. Y es que hasta entonces la imagen del psicoanalista seguía siendo muy parecida a la que se podía tener a principios del siglo xx, con un Sigmund Freud fumando en pipa y una paciente (histérica) hablando sin parar tumbada en un diván. Directores como Woody Allen no se han alejado mucho de esa idea más clásica a la hora de mostrar el psicoanálisis en la gran pantalla, y por lo tanto es comprensible que esa imagen del «psicoanalista pop» estuviese

aún tan desfasada para el gran público (y a pesar del personaje, todavía lo sigue estando).

La Dra. Melfi de Los Soprano pone las cosas en su sitio y nos muestra una de las evoluciones que ha sufrido esta terapia. Mientras los psicólogos, por lo general, han ido adoptando nuevas técnicas e incluso han descartado el psicoanálisis como un método válido, a lo largo de varios años han sido muchos los psiquiatras que han querido mezclar sus tratamientos farmacológicos con el psicoanálisis, tratando al paciente de una forma bastante distinta a lo que podía hacer el padre fundador; por ejemplo, dejando el diván a un lado, mirando al paciente a los ojos e interviniendo más activamente en su discurso.

En la consulta de la Dra. Melfi encontraremos el dichoso diván, pero Tony no se tumbará en él ni empezará a hacer asociaciones de ideas mientras su terapeuta asiente de vez en cuando (o se despierta cuando el paciente le llama la atención –ese gag recurrente). De hecho, uno de los principales problemas de la psiquiatra es que el señor Soprano es un paciente difícil que no quiere hablar, de los que está pensando a cada minuto que está perdiendo el tiempo. Dificultad añadida es que, si alguien de su entorno mafioso se entera de que está viendo a un «loquero» (peor aún, una «loquera»), puede que sea el fin de su carrera como futuro capitoste de la mafia

de New Jersey. Tony es un reto, y Melfi insistirá; ella se juega su orgullo como profesional, él quizás se juega la vida.

Uno de los objetivos de cualquier terapia psicológica, y sobre todo de la psicoanalítica, es ir a la raíz del problema, así que procede hacer un poco de memoria y situarnos en la Viena de finales del siglo XIX, en concreto en la consulta del célebre neurólogo Sigmund Freud, para entender en qué se basa y qué pretende el psicoanálisis. Él mismo definía los tres aspectos que lo forman como disciplina: es un modelo teórico y explicativo sobre las emociones, es un método de investigación y, por último, una forma de terapia. Como teoría, Freud postuló que los pilares del psicoanálisis tenían mucho que ver con la sexualidad, destacando el famoso complejo de Edipo, pero también la represión, la resistencia y el inconsciente. De hecho, algunas de las mayores críticas, e incluso escisiones dentro del psicoanálisis, se deben precisamente a ese exceso de énfasis en la cuestión sexual, que más de una vez Tony Soprano sacará a colación en las consultas.

Pero hay un modelo teórico sobre la psique humana que sí tuvo un gran impacto, y que es crucial para entender las teorías freudianas, y para el caso que nos ocupa, los dilemas y problemas que torturan a Tony. Se trata de la estructura psíquica formada por el «yo», el «superyó» y el «ello», y que actúan a tres niveles distintos: el consciente, el preconscious y el inconsciente. Para explicarlo de forma más o menos sencilla, habitualmente se recurre a la metáfora del iceberg. La mayor parte se encuentra hundido en el agua, y ahí encontraríamos el inconsciente y el preconscious, aunque este último por encima del primero, y sólo una pequeña punta sobresale, que sería el consciente. Al mismo tiempo, ese iceberg se divide en tres partes con funciones distintas. Por un lado tenemos el «ello», completamente sumergido en el agua, que es nuestro lado más primitivo, innato, sin domesticar, que está ahí para procurar saciar nuestros deseos más básicos, las llamadas pulsiones: el hambre, el sexo o la agresividad. Después tenemos el «superyó», que es la parte más grande del iceberg y que, por lo tanto, se encuentra sumergida en su

mayoría, aunque asoma la cabeza por fuera. El «superyó» representa los pensamientos morales y éticos que nos llegan a través de nuestra cultura, y que se encuentra en constante lucha contra el «ello», como una especie de guardián moral. Finalmente tenemos el «yo», que vendría a ser el intermediario entre el mundo real y las exigencias del «ello» y el «superyó». Es quizás lo más parecido a la consciencia que tenemos de nosotros mismos, a nuestra cara visible. De hecho, estaría principalmente en la punta del iceberg, aunque no por completo. El «yo» es la parte que tiene que hacer equilibrios entre las pulsiones desenfrenadas del «ello» y la moralidad del «superyó», y es ahí donde van a surgir los conflictos internos que le llevarán a uno a plantarse en la consulta de un psicoanalista.

Para entenderlo algo mejor, volvamos a Tony Soprano. Podemos ver que sus problemas vienen dados precisamente por esa lucha interna entre las distintas facciones de su psique, que aunque en la realidad no se manifiesten fuera de su cabeza, aceptaremos que en la serie sí se hacen visibles para el espectador. Su lado mafioso, ese Tony sin escrúpulos, violento, asesino, promiscuo, ese personaje con el que difícilmente podemos empatizar, es la manifestación del «ello», un «ello» descontrolado al que ni el «yo» ni el «superyó» son capaces de frenar. Pero luego tenemos a ese otro Tony, el que nos cae bien, el que en algunas ocasiones realmente quiere a su mujer, que se preocupa por sus hijos y quiere protegerlos de ese mundo dominado por el «ello». Ahí es cuando vemos ese «yo» del personaje, esa historia de un hombre que cuida de los suyos y que, aparentemente, puede parecer que lleva una vida normal. Pero ahí está el «superyó» para recordarle que lo que hace para ganarse la vida no está bien. Es entonces cuando surge el conflicto interno que le provoca esos ataques de pánico. Por supuesto, tales conflictos se libran en el plano inconsciente, y esa es la parcela del psicoanálisis y las técnicas psicoanalíticas, que procuran que todo aquello que se encuentra sumergido acabe saliendo a la superficie.

En el diván de Sigmund Freud el sujeto se tumbaba sin ver al terapeuta para no sentirse observado, y empezaba a hablar sin apenas



interrupciones ni restricciones de ningún tipo. Es lo que se conoce como «asociación libre de ideas», que es la técnica principal del psicoanálisis que anima al paciente a contar cualquier cosa que le venga a la cabeza, ya sean imágenes, sensaciones, ideas, recuerdos, etc. En algunas ocasiones se le podía sugerir un tema al paciente, o se le animaba a centrarse en sus sueños, pero por lo general se intentaba no sugerir nada y que los temas surgieran de forma espontánea. Freud creía que esta era la mejor manera de llegar al «ello», al inconsciente, y cuanto más libres fuesen las asociaciones, más óptimos serían los resultados. Como decíamos, la Dra. Melfi de *Los Soprano* no es una psicoanalista al uso; de hecho, deben quedar pocos que utilicen la asociación libre de ideas en su forma más pura. Pero en su enfoque siguen quedando rastros, y veremos a menudo cómo ella interviene a raíz de un comentario de Tony para seguir tirando de ese mismo hilo, procurando seguir las asociaciones que hace sin apenas darse cuenta. Y es que de no tomar un rol más activo, probablemente no habrían pasado de la primera consulta, en la que el mafioso se preguntaba qué había pasado con los tipos al estilo Gary Cooper, fuertes y callados. Históricamente, antes de llegar a la libre asociación de ideas, los psicoanalistas utilizaban métodos bastante más complicados y que, a día de hoy, siguen teniendo una imagen poco científica. Nos referimos sobre todo a la hipnosis y al método de la catarsis, ambos descartados una vez que se empezó a utilizar la libre asociación de ideas, ya que se consideraba que los otros métodos no eran capaces de derribar las barreras del inconsciente. Sin embargo, en el concepto de catarsis está uno de los pilares teóricos y terapéuticos básicos del psicoanálisis: la idea de que para curar a un paciente hay que recordar aquel momento traumático que provocó el malestar que ha quedado reprimido y olvidado por esa persona; una idea de la cual la ficción se ha servido muchísimas veces para crear un clímax final, como por ejemplo en *Marnie, la ladrona* de Hitchcock, película en la cual el psicoanálisis está también muy presente.

Pero si hay un lugar donde nuestro inconsciente campa libremente como la mayoría de

los gánsters de New Jersey, este es el mundo onírico. Los sueños fueron uno de los recursos de que se sirvieron los guionistas de *Los Soprano* para poder entrar directamente en la mente de Tony, aunque no siempre nos dejasen claro qué significaban cada uno de los elementos que aparecían. ¿Por qué está nevando? ¿Por qué se oyen esos constantes crujidos? ¿Qué hace Junior en esa ventana? ¿Por qué mata a uno de sus trabajadores más productivos? Para esto último ni siquiera Tony tiene explicación, y así se lo pregunta a la Dra. Melfi: «¿por qué haría yo algo así?». Según Freud, los sueños representan la realización de nuestros deseos, pero no es tan sencillo. A pesar de estar dormidos, nuestro consciente sigue estando ahí, y no está dispuesto a aceptar según qué pulsiones que provienen del «ello», y entonces el inconsciente tiene que disfrazar esos deseos de alguna manera para que puedan superar esa censura, llegando así al terreno de la metáfora y el simbolismo.

La idea de que los sueños nos mandan «mensajes disfrazados» ha servido durante muchos años para vendernos los famosos libros de interpretación de los sueños, y si bien la mayoría de estos libros modernos tienen un contenido de lo más dudoso, fue el mismo Freud quien en 1900 publicó su manual titulado, de forma muy explícita, *La interpretación de los sueños*. Como ya hemos comentado, la cuestión sexual fue uno de los pilares (por no decir obsesiones) de las teorías de Freud, y parece que tenía tendencia a interpretar muchos sueños en clave erótico-festiva. Sin embargo, los creadores de *Los Soprano* tienen claro que, en la actualidad, no todo tiene que relacionarse con el sexo. En el episodio piloto, Tony explica uno de sus sueños, en el que desenrosca un tornillo y se le cae el pene. Va con el pene en la mano al mecánico para que lo vuelva a poner en su sitio, pero un pájaro se lo coge y se va. Más allá de la supuestamente evidente conexión sexual, el foco de atención se centra en ese pájaro y lo que ha llegado a simbolizar en ese capítulo. Es un momento de revelación (o podríamos decir catarsis), cuando Tony toma conciencia, entre sollozos, de que uno de sus principales problemas es el miedo a perder su familia (como perdió los patos que aparecen al principio). Así

se cierra el episodio, de una forma similar a como Freud creía que se cerraban los casos, cuando el paciente es capaz de descubrir cuál es su problema. Y de la misma manera que la psicología actual cree que descubrir el problema es simplemente el primer paso y luego hay que trabajarlo, aquí es donde empieza de verdad la serie.

En la primera temporada llega un momento en que la madre de Tony se entera de que su hijo está viendo a una psiquiatra. Su primera reacción, tremendamente egocéntrica, pero no por ello errónea, es pensar que Tony va a la psiquiatra para hablar de ella, para quejarse de su madre. Esta escena ilustra perfectamente algunos de los tópicos sobre el psicoanálisis que han llegado al gran público: cuando alguien va a un profesional de la salud mental es porque de pequeño tenía problemas con su madre. Una vez más, aunque la psicología en general ha llegado bastante más lejos de lo que hizo Freud, la influencia que ejerció en la cultura popular sigue presente y muy integrada en el imaginario colectivo. Parte de la culpa la tiene una de sus teorías más famosas, y parodiadas, aunque algo del mérito no es completamente suyo, sino de la mitología griega. El complejo de Edipo se describió por primera vez en el ya mencionado manual *La interpretación de los sueños*. Pero antes conviene repasar brevemente la teoría del propio Freud sobre el desarrollo sexual infantil, ya que consideraba que desde el nacimiento los niños buscan satisfacer su libido a través de distintas partes de su cuerpo. El proceso lo dividió en cinco fases: oral, anal, fálica, latencia y genital. Es en la fase fálica (entre los 3 y los 6 años de edad) cuando aparece el llamado «complejo de Edipo», que se define como la presencia de sentimientos de odio y amor hacia los progenitores de forma simultánea. Puede haber dos vertientes: un complejo de Edipo positivo, en el que el niño siente odio hacia el progenitor de su mismo sexo y atracción sexual hacia el opuesto, o uno negativo, que es lógicamente a la inversa. En la fase fálica es el órgano sexual masculino el que centra el interés del niño, y parece ser que, en el caso de las niñas, el clítoris equivale también a un falo. En esa fase el niño sentirá deseos sexuales hacia su madre, y de ahí ese supuesto odio hacia

su padre (la tragedia edípica), pero al identificarse con ella y al darse cuenta de que las niñas no tienen pene, la única explicación que encuentra es que han sido castradas. Es el miedo a sufrir lo mismo lo que le llevará a desechar sus deseos incestuosos e identificarse con el padre (este sería, según Freud, el camino lógico a seguir). En el caso de las niñas, renuncian a los deseos hacia su madre al creer que ella es la culpable de su castración (a través de ella se dan cuenta de que su clítoris no va a crecer como un pene), y de ahí surge la llamada «envidia de pene», que llevará de nuevo a identificarse con su madre, ya que ella tiene acceso a uno, el de su padre (en este caso se trata del complejo de Electra, que definió el antiguo colega de Freud, Carl Jung).

Y si hemos visto en televisión una tormentosa historia entre madre e hijo, pocas son capaces de superar la de Livia y su hijo Tony Soprano. Su relación no puede considerarse un claro ejemplo del complejo de Edipo, pero sin duda alguna sí hay elementos que coinciden con lo previamente expuesto. En primer lugar, los sentimientos de Tony hacia su madre son difíciles de explicar, ya que ella es una especie de ogro amargado que desde la infancia ha maltratado a su hijo (y algunas de las escenas más duras de esa infancia están basadas en la madre del creador de la serie, David Chase). Sin embargo, ya sea por esa herencia cultural italiana de la figura de la *mamma*, o porque ese enamoramiento que postulaba Freud no ha sido superado del todo, Tony sigue preocupándose por ella y poniéndola en un pedestal, y se queja de que es su mujer quien no accede a traerla a casa para vivir con ellos, que supuestamente es lo que debería hacer un buen hijo. De hecho, después de hablar de lo complicada que es su madre, irá a visitarla con un ramo de flores, y algunas de las salidas de la consulta más airadas se deben precisamente a las cuestiones relativas a su madre y su incapacidad por reconocer que, aparte de amor, también siente algo de odio hacia ella. Quienes sí parecen tener muy asumidos los sentimientos negativos hacia su madre son las hermanas de Tony, rechazo que Freud explicaría porque las hijas hacen a su madre culpable de su «castración». En este caso, el complejo no se habría superado y pasado a la



identificación con la madre, y teniendo en cuenta la falta de estabilidad mental de la hermana mayor de Tony, está claro que hay traumas no resueltos.

La figura del padre, Johnny Soprano, es también digna de análisis. La identificación con él es clarísima, y a lo largo de la serie veremos algunos *flashbacks* de esa relación que establece Tony con él, entre el miedo y la admiración. Si nos ponemos en la piel de un psicoanalista, está claro que en esta relación existe un problema importante. La superación del complejo de Edipo se considera una necesidad para el funcionamiento correcto de la psique, y supuestamente es en ese momento cuando nace el «superyó», esa fuerza moral que dice que el incesto no está bien y que hay que identificarse con el padre y fijarse en él. Como decíamos, eso es exactamente lo que hace Tony, pero el problema radica en que su padre es el origen y el símbolo de todo aquello que ahora le tortura. Su padre representa todos aquellos valores, todas aquellas actitudes que ahora mismo chocan contra el «yo» y el «superyó». A todo esto hay que sumar la figura de Corrado, el tío de Tony, que acaba erigiéndose en una figura paterna para él incluso antes de que su padre muera; en la consulta, cuando la Dra. Melfi le pregunta por aquellos recuerdos de su padre, uno de los primeros que le vienen a la mente es cuando jugaba a béisbol con su tío, no con su progenitor. ¿Y no es la suya una relación tormentosa? Intentos de asesinato, subterfugios para conseguir el poder... Un granito de arena más en el drama familiar y edípico de Tony Soprano.

Otra historia de amor interesante sucede precisamente en la consulta, desde la primera temporada, incluso diríamos que desde el episodio piloto. Nuestro protagonista da muestras de haberse fijado en esta psiquiatra-psicoanalista de herencia italiana («a mi madre le hubiese gustado que nos casáramos»). Los sueños entran en juego otra vez, sueña con Melfi en su cama, en su ducha, y finalmente intenta besarla en la consulta. Acaba por hacerle una confesión: «te amo, estoy enamorado de ti, lo siento, sueño contigo todo el tiempo». A lo que ella responde: «Sólo sientes eso porque hemos progresado, porque

soy amable, escucho, soy generosa. Porque este es mi trabajo, pero me has convertido en todo aquello que echas de menos en tu mujer, y en tu madre». Tony insiste: «haces que parezca un niño de mamá. Soy un hombre, y tú una mujer, fin de la historia. Y toda esta mierda de Freud y de que todo niño quiere hacer el amor con su madre, eso no va por ahí. Si no quieres que vuelva más, lo entiendo». Pero Melfi asegura que es todo lo contrario, que esa confesión es producto de su progreso. Más allá del comentario sobre el complejo de Edipo, e incluso más allá de las carencias afectivas femeninas que parece sentir Tony, este enamoramiento es la excusa perfecta para hablar de algunos de los fenómenos asociados a la terapia psicoanalítica, en este caso concreto, la transferencia.

La terapia psicoanalítica es de largo recorrido, pueden ser años, y por lo tanto se establece una relación particular con el terapeuta, persona junto a la cual se revivirán experiencias y sentimientos profundos e intensos. De hecho, los psicoanalistas consideran que en cualquier relación hay que depositar libido en la otra persona, aunque se apresuran a apuntar que el término «libido» no tiene que interpretarse de forma sexual. En realidad, consideran que es necesario para que la terapia avance, ya que es primordial que el paciente confíe en su terapeuta. Por su parte, el terapeuta debe mantener una postura pasiva y distante (siempre que pueda). Y es precisamente esta distancia, la poca información que tiene el paciente sobre su terapeuta, lo que facilita el proceso de transferencia. Según los psicoanalistas modernos, el paciente está depositando en su terapeuta aquellos sentimientos y vivencias que recuerda, de los que habla, y los dirige hacia ese receptáculo «vacío» que es su psicoanalista, pudiendo identificarle con su madre o su padre. El paciente no se ha enamorado del terapeuta, el paciente no necesariamente siente que su terapeuta sustituya a un padre o una madre; simplemente está ahí en un momento en que los sentimientos están a flor de piel, y por lo tanto es hacia quien el paciente puede dirigirlos. Como bien dice la Dra. Melfi, esto significa que la terapia está avanzando. Tony ha progresado respecto a la confianza que siente hacia ella, y también

empiezan a aflorar sus sentimientos, sus carencias. Pero cuidado, ya que el psicoanalista debe ser capaz de darse cuenta de esta transferencia (aunque para nuestra psiquiatra ha sido fácil), y evitar que pueda ir a más. ¿Lo conseguirá? No haremos *spoilers*.

No todo han sido alabanzas para la Dra. Melfi. Algunos terapeutas se han puesto las manos en la cabeza con algunos detalles que acaba revelando a Tony sobre su vida personal, o por perder en algunos momentos los papeles y alejarse de esa posición distante y pasiva que se le supone. Pero ha habido otros que precisamente han visto en todo ello un reflejo de la auténtica realidad del terapeuta, y por lo tanto la Dra. Melfi es mucho más creíble y plausible que si se hubiese querido mostrar a un terapeuta de manual. Los psicoanalistas no son perfectos, y el psicoanálisis tampoco. Si bien es probablemente la técnica terapéutica/visión filosófica sobre la psique humana más conocida por todo el mundo, también es de las más criticadas, y en la actualidad ni siquiera forma parte de los contenidos obligatorios o troncales en los programas académicos de las facultades de psicología de nuestro país. El psicoanálisis fue desechado por muchos psicólogos y psiquiatras hace décadas (de hecho, el mismo Freud vio que colegas como Jung renegaban de algunas de sus teorías), y uno de los motivos principales es eminentemente práctico. El psicoanálisis requiere que el paciente acuda a la consulta durante un largo periodo de su vida, incluso años, y eso se consideró que no era eficaz, y por otra parte tampoco era ético, ya que el desembolso económico para el paciente es exagerado.

No obstante, algunos responsabilizan del declive del psicoanálisis, a finales de los años 1950 y principios de los 1960, a las drogas. Y no nos referimos exclusivamente a las drogas alucinógenas que «expandieron las mentes» en otra dirección (y recordemos que Freud sentía cierto apego a la cocaína), sino a los avances en la terapia farmacológica, en la que el supuesto beneficio era casi instantáneo y no era necesario pasar meses y meses yendo a la consulta para empezar a notar una mejoría. De hecho, los avances en cuanto al origen neurológico de ciertas psicopatologías llevaron a la psiquiatría más hacia a la pastilla que

al diván. En esa época también se desacreditaron muchas de las teorías de Freud, y a menudo se han cuestionado los casos de pacientes que él mismo llevó y que le condujeron a postular sus teorías. Acusaciones de haber forzado recuerdos en sus pacientes o de interpretar a su conveniencia lo que le contaban son algunas de las críticas que Freud y el psicoanálisis han sufrido casi desde el principio.

Y a pesar de todo, el avance de la ciencia, en concreto de la neurobiología, parece que puede dar parte de razón a Freud, quizás no en la interpretación y el razonamiento de algunas de sus teorías, pero sí en cuanto a algunas ideas básicas que proponía el psicoanálisis en su momento, especialmente en todo aquello referente a los procesos inconscientes. Así pues, es momento de llevar el psicoanálisis a la actualidad, a la consulta de la Dra. Melfi, a esa consulta sin diván, y descubrir la psicoterapia psicoanalítica. Algunos de los practicantes de esta nueva disciplina, aunque reconocen que el origen y buena parte del método siguen encontrándose en las teorías de Freud, consideran que el psicoanálisis actual es tan diferente del original como la física moderna lo es respecto a la física de Newton. Recordemos que en sus primeros tiempos el paciente no tenía contacto visual con el terapeuta, y este apenas intervenía en su discurso, solo en momentos determinados para dirigir un poco al paciente. Además, a partir de ese momento, el psicoanalista era la autoridad máxima: lo que era importante o no lo decidía él y no el paciente. En el enfoque actual se considera que el trabajo terapéutico es conjunto, es un proceso que se hace escuchándose el uno al otro, tanto lo que tiene que decir el paciente como el terapeuta. La realidad subjetiva del paciente es ahora relevante, y por lo tanto se trabaja más basándose en cómo ve el mundo, y no en cómo cree el psicoanalista que deberían ser las cosas (por eso Melfi está constantemente preguntando a Tony qué significan sus sueños para él, o sus sentimientos). La psicoterapia psicoanalítica sigue buscando aquellos procesos inconscientes que afectan la vida del paciente sin que este se dé cuenta, pero ya no es algo relacionado exclusivamente con la neurosis o las fobias, sino que puede lidiar con los pro-



blemas mentales de nuestro tiempo (ansiedad, depresión, trastornos alimentarios...). Es un trabajo quizás menos profundo, y que por lo tanto requiere menos sesiones, para problemas tal vez más concretos, aunque el diván sigue estando ahí y, si el paciente lo requiere, se puede intentar ahondar más en su psique.

Se considera que Los Soprano es una de las mejores series de televisión de nuestro tiempo, una de las pioneras que quiso llevar el formato más allá del puro producto de consumo o para rellenar parrillas televisivas. Fue una serie cuidada hasta el más mínimo detalle, con pretensiones artísticas. El esmero que puso su creador en hacer algo especial se dejó notar también en su forma de enfocar la terapia psicológica de su protago-

nista, y de ahí su reconocimiento por parte de los profesionales del psicoanálisis. Realmente podemos decir que los guionistas pusieron mucho de su parte, ya que cuatro de los cinco guionistas principales habían acudido a la consulta de un psicoanalista. Eran muchos los espectadores de la serie que simplemente se interesaron por las historias sobre mafiosos, y quizás no llegaron a entender que la historia principal que querían contar sus creadores era la de Tony Soprano, su familia y su terapia. Y de hecho, cuando uno se enfrenta a la serie desde un punto de vista más psicológico, descubre muchas cosas que quizás le pasaron desapercibidas entre palizas y asesinatos. Al fin y al cabo, la parte del iceberg que llegamos a ver es la más pequeña.